



PARÍS A MEDIA NOCHE

FOR
Jetta Goudal, Edmund Burns,
Lionel Barrymore

N.º 96

30 cts.

La Novela Femenina Cinematográfica

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:

Cortes, 719. - Barcelona

Año II

N.º 96

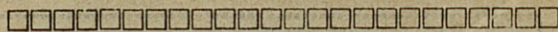
PARÍS A MEDIA NOCHE

*Narración literaria de la interesante película
inspirada en la novela de Balzac "Papá Goriot",
interpretada por los célebres artistas JETTA
GOUDAL, LIONEL BARRYMORE, ED-
MUND BURNS, MARY BRIAN, etc.*

Selecciones "PRO - DIS - CO"

Exclusivas JULIO - CÉSAR, S. A.

Aragón, 316 - BARCELONA



París a media noche

Argumento de la película

La acción de nuestra historia tiene por escenario el famoso barrio latino de París y la célebre casa de huéspedes de "Mamá Vauquer" tan frecuentada por Víctor Hugo, Balzac, Alejandro Dumas y otros ingenios de la época romántica. De aquellos bellos tiempos, sólo queda un literario recuerdo; todo lo demás está mustio y olvidado por el transcurso de los años; pero en los días actuales de nuestra narración una extraña coincidencia ha querido reproducir la "comedia humana" de "Papá Goriot", para demostrarnos que las luchas, las pasiones y las miserias son siempre iguales, y que únicamente el amor es la verdad eterna, como dijo el gran literato español Pérez Galdós.

La casa de "Mamá Vauquer" hospedaba, entre otros, a Eugenio Rastignac, un joven artista de correctas facciones y porte elegante, a

pesar de lo estropeado de su indumentaria, que no tenía más recursos ni más esperanzas para el porvenir que su lápiz ingenioso, el cual no le permitía siquiera acallar a la señora Vauquer, que no olvidaba la deuda que con ella tenía contraída de dos meses de hospedaje.

Cuantas veces "Mamá Vauquer" pretendió exigir a su huésped el pago de su deuda, el joven artista, con caricias y halagos, supo convencerla y hasta hacerla reír más de una vez. Era tan simpático aquel muchacho, que la señora Vauquer, que en el fondo era una buena mujer, se sentía débil ante él. Pero aquella mañana estaba decidida a terminar con aquella situación y colocó en la puerta del cuarto de Eugenio el siguiente aviso:

Eugenio Rastignac me debe dos meses de pensión. Si no me paga este mes, será puesto con sus zapatos sucios en la calle.

Madame Vauquer".

Poco después de colocado este apremiante aviso, apareció el simpático Rastignac, quien, luego de leerlo, se echó a reír del ardid de su patrona y, frotándose una mano en sus zapatos recién embetunados, la estampó en el papel, como si fuera la contraseña de alguna misteriosa banda de ladrones.

Hecho esto, y sin perder su buen humor, se dirigió a una habitación contigua a la suya, donde se hospedaba una preciosa joven llamada Victorina.

Sin saber por qué, Eugenio se deleitaba con

templando los ojos de la joven, negros como el azabache, sus mejillas de color de amapola, el pelo negro, con la finura flácida de la seda, la naricita de alas palpitantes cobijando una boca sombreada por el vello de un fruto sazonado y que al entreabrirse mostraba una diminuta dentadura de leche, cuyo brillo parecía iluminar su rostro, en el que resplandecía toda la infinita dulzura de su alma.

Victorina era una huérfana de madre abandonada por su padre millonario, cuya mente soñadora se esforzaba por olvidar la tragedia de su vida, en la que la única nota alegre era el amor oculto y apasionado que sentía por Eugenio.

Al entrar éste, la joven se hallaba ante el piano y sus dedos, al recorrer el teclado, llevaban a su alma, con la dulce melodía de la música, la evocación del anhelado momento de unir su vida a la del hombre amado.

Sin ser visto por ella se acercó Eugenio adonde estaba la joven, y le dijo:

—Victorina, creo que estabas pensando en mí, ¿verdad?

Sorprendida agradablemente la muchacha y ruborizada por la pregunta de su vecino, bajó la cabeza, avergonzada de que hubiera adivinado su pensamiento.

Pero él, no obstante su silencio, continuó diciendo:

—Algún día, cuando yo sea algo más que un pobre artista, me amarás más y pensarás más

en mí. Yo estoy seguro de triunfar, de llegar a ser un pintor célebre, y cuando la fortuna me ofrezca su trono dorado, tú te sentarás en él como única reina de mi corazón.

—¿De verdad me amas tanto? — preguntó la joven, vivamente emocionada por las vehementes palabras de su amado.

—Mucho más de lo que te pueda decir, Victorina. Cada latido de mi corazón es un grito de amor que pronuncia tu nombre.

Y los dos jóvenes, roto el obstáculo de timidez que durante tanto tiempo los tuvo callados, tejieron con los purpúreos hilos del amor, la pasión que había de unir sus vidas futuras.

Cuando Eugenio salió del cuarto de su novia, en su semblante se reflejaba todo el optimismo de su alma, la alegría de la juventud, la satisfacción de vivir... Tan embriagado iba en su dicha, que no se fijó en su patrona que venía en su busca y a la que de un empujón le quitó la rubia peluca con la que procuraba ocultar sus muchos años.

—¿Está usted ciego? — le preguntó indignada Madame Vauquer.

Pero él, sin hacer alusión a esta pregunta, procuró calmar la indignación de la señora Vauquer, haciéndole mil caricias y diciéndole, zalamero, mientras volvía a colocarle la peluca:

—Es usted la patrona más linda y más bella que yo he conocido. Una hermosa modelo de Rubens. La primera exposición que haga, la

presento a usted y estoy seguro que me dan el premio.

La escena acabó como todas las anteriores, riéndose la buena "Mamá Vauquer" y dejando en paz al muchacho, sin recordarle su deuda.

Otro de los huéspedes de aquella célebre casa era un pobre anciano, a quien llamaban "Papá Goriot", que vivía separado de sus hijas, Delfina y Violeta, para que ellas pudieran vivir con el lujo y la fastuosidad que requería la frivolidad y la vida desordenada de ambas.

Delfina, verdadera vampíresa parisién, acudía de cuando en cuando a la modesta pensión de "Mamá Vauquer", para exprimir a su anciano "Papá Goriot", modesto tendero retirado, como se exprime un amarillo y exhausto limón.

Aquel día, como otros muchos, Delfina fué en busca de su padre para hacerle una nueva petición de dinero, y al ver el que el anciano le entregaba, le abrazó con fingido cariño, diciéndole:

—¿Este es todo el dinero que hoy vas a dar a tu pobrecita Delfina? Con esto no tengo bastante, papaito. Estoy en un gran apuro; mis acreedores me van a demandar...

—¡Yo te quiero mucho, hija mía, pero tengo ya muy poco que darte! — contestó el padre, oponiendo una débil resistencia. Pero aquel hombre no tenía más voluntad que la de sus hijas, los menores deseos de ellas eran para él órdenes severísimas que cumplía sumisamente, y terminó por entregarle todo lo que le pedía.

— Cuando bajaba Delfina, para reunirse con su novio, que la esperaba dentro de un soberbio *auto*, resbaló la joven, y no cayó al suelo gracias a la oportuna intervención de Eugenio, que la sostuvo en sus brazos. Por un momento los dos jóvenes se miraron sin decirse nada, ella



—Yo te quiero mucho, hija mía, pero tengo ya muy poco que darte.

agradablemente sorprendida por la gentil figura del artista y él, admirado ante la provocativa belleza de aquella desconocida.

—¿Se ha hecho usted daño? — preguntó Eugenio, rompiendo el embarazoso silencio.

—Gracias a usted no ha sido nada. ¿Quiere usted completar su buena acción alargándome mi zapato, que ha rodado hasta abajo?

Cumplió Eugenio el deseo de Delfina y al calzarle su piecico de Cenicienta acarició dulcemente la moldeada pantorrilla de la joven, que no opuso la menor resistencia.

Apoyada en él, continuó Delfina su interrumpido camino y en este instante apareció Victorina, quien, al verlos, sintió por primera vez el inmenso dolor de los celos.

Toda esta escena había sido presenciada desde lo alto de las escaleras por otro huésped de "Mamá Vauquer". Era el tal un personaje misterioso, desconocido por todos sus compañeros de pensión y que se hacía llamar Vautrin, aun cuando su apodo "El duende de París" era conocido y famoso en toda la capital francesa.

A semejanza de los legendarios bandidos españoles, que refieren las románticas historias, "El duende de París" se hallaba siempre en el lugar donde ocurriese una desgracia, o donde hubiese algún yerro que enmendar. Sus maestras caracterizaciones despistaban a los más finos sabuesos de la policía y hacían imposible su captura.

En la casa de "Mamá Vauquer" nadie se ocupaba de su vecino y solamente una vieja solterona, verdadero prototipo de "doña Brígida", era la que se ocupaba de indagar la vida de cada uno de los huéspedes. Desde un principio, sospechó que encerraba algún misterio la

vida extraña del señor Vautrin, y una mañana quiso indagar algo de ella, mirando por la cerradura del cuarto que ocupaba aquél. "El duende" percibió el ruido, y, fingiendo una aparente tranquilidad, abrió un armario, sacó de él un puñado de rapé, se acercó a la puerta y sopló cerca de la cerradura, haciendo prorrumpir a la curiosa vieja en un estridente estornudo, delator de su presencia.

*
**

Quando Eugenio volvió a la habitación de Victorina, halló en los bellos ojos de su amada las huellas de haber llorado, y le preguntó:

—¿Qué te ocurre, Victorina? ¿Por qué estás triste?

—Eugenio, he visto a esa elegante joven en tus brazos — contestó la muchacha—. ¿Os amais?

—¡Qué disparate! Es la primera vez que la veo.

Y cariñosamente le fué contando el encuentro casual y todo lo que había ocurrido después. El alma de Victorina era demasiado ingenua para dar cabida a ningún mal pensamiento, y pronto volvió la calma a su atribulado corazón y la confianza en el ser querido.

Mientras tanto, Delfina se dirigía a su elegante morada sin poder borrar de su memoria la simpática figura del dibujante, que le hacía ver aquel día a su novio de turno menos atractivo e interesante que nunca.

Para el señor Vautrin, gran conocedor de las luchas y pasiones del corazón humano, no habían pasado desapercibidas las amorosas relaciones que unían a Eugenio y Victorina, por quienes sentía un gran afecto; y cuando encontró aquel día al muchacho, le preguntó:

—Puesto que Victorina le ama, ¿por qué no se casa con ella?

—Porque los tiempos están muy malos, señor Vautrin, y casi no gano ni para vivir yo solo — repuso Eugenio.

—Lo que debe usted hacer es trabajar en firme y olvidar el encuentro que ha tenido hace un rato. Yo le aseguro que la belleza de su cuerpo oculta un corazón perverso e indigno de ser amado.

La campana de la señora Vauquer, llamando a sus huéspedes a la mesa, interrumpió aquella interesante conversación, y mientras el misterioso señor Vautrin se dirigía al comedor, Eugenio quedó ensimismado, pensando en las palabras que acababa de oír.

Levantó la mirada hacia el cuarto de "Papá Goriot" y vió proyectarse, tras los cristales, la sombra del anciano, besando apasionadamente a una mujer, o sea a Violeta, que, como su hermana Delfina, había ido a desvalijar a su padre.

Rápido como el pensamiento, sacó papel y lápiz y dibujó el grupo que tenía ante sus ojos, pensando en la broma a que daría lugar aquello en el comedor.

Efectivamente, poco después, el dibujo de Eugenio corría de mano en mano entre los huéspedes, comentándolo cada uno entre risas.

Cuando apareció "Papá Goriot", una salva de aplausos acogió su presencia, e inmediatamente le ofrecieron el dibujo, a la vez que decía la curiosa solterona:

—Ya sabemos cómo se ha gastado los cuartos este "pillín" de "Papá Goriot".

—Sí, es cierto que yo he dado toda mi fortuna a esas dos lindas muchachas... y también mi corazón — contestó el anciano, guardando el dibujo.

—Pues parece que el corazón lo tienen en poco aprecio — repuso intencionadamente la vieja. Pero "Papá Goriot" la hizo callar diciéndole:

—¡Silencio! ¡Esas jóvenes, de las que usted habla como si fueran mujeres de la calle, son mis hijas!

La tristeza del pobre padre, al oír hablar mal de sus hijas, fué tan expresiva, que ensombreció el ánimo de los demás comensales, sin que nadie se atreviese a gastar más bromas.

Al día siguiente, el recuerdo de Eugenio persistía con más fuerza aún en la mente de Delfina, que, decidida a apoderarse del corazón del joven artista, le escribió a su padre diciéndole:

Querido papá: Cuando vengas mañana a traerme el dinero, me gustaría que te acompañase ese simpático joven que es tan buen dibujante.

*Mil besos de tu hija**Delfina*

—Mire lo que me dice mi hija — exclamó "Papá Goriot", enseñándole la carta a Eugenio, que, después de leerla, contestó:

—Yo no puedo ir; no estoy presentable.

—No importa; mi hija es muy buena y lo recibirá como si se tratara del hombre más elegante de París.

—Es imposible, "Papá Goriot"; con este traje no puedo ir a ninguna parte.

—Ya le he dicho que mi hija es muy buena y comprende lo que es la vida.

No se hizo de rogar más Eugenio. El también tenía grandes deseos de volver a encontrarse al lado de la hija del anciano, cuya belleza había causado una honda impresión.

Una hora después, los dos amigos se encontraban en la casa de Delfina, donde el capricho de aquella mujer se revelaba en todo su lujo y magnificencia.

Eugenio, admirado ante la suntuosidad de la morada, preguntó:

—¿Cómo vive usted tan modestamente mientras sus hijas gastan tanto lujo?

—¿Para qué quiero yo el dinero? A mí, pobre tendero sin educación, me basta con poco. Yo se lo doy todo a ellas porque su felicidad es mi única alegría.

—La señora aguarda a los señores — dijo,

en aquel momento un criado, señalando la puerta del salón donde estaba su ama.

Delfina, recostada indolentemente en un cómodo sillón y dejando al descubierto sus modelados hombros de nivea tersura, que pronto atrajeron la mirada codiciosa de Eugenio, esperaba que entrasen los visitantes.

Estaba decidida a desplegar toda su fina y perversa coquetería para atraerse el cariño del joven dibujante, para satisfacer aquel nuevo capricho que le imponía su frivolidad, y cuando su padre le enseñó, riéndose, el dibujo que el día anterior le hizo Eugenio, exclamó:

—¿No me encuentra a mí demasiado interesante, para hacerme un dibujo?

—A usted más que a nadie — repuso el muchacho, cegado por la luz fascinadora de la mirada de la coqueta.

Tocó Delfina un timbre, y ordenó al criado que se presentó al llamamiento:

—Traiga recado de escribir para el señor.

Y haciéndole una ligera seña a su padre, le dió a entender que los dejase solos.

Empezó Eugenio el retrato y adoptó ella una postura provocativa, incitante... El joven sentía posarse sobre él toda la fuerza de aquellos ojos y, atraído por ellos, se acercó adonde estaba ella, sin poderse contener la atracción hacia sí y estrujó en los rojos labios que le ofrecía la hermosa mujer, un beso apasionado y vehemente que era la transfusión de toda su alma.

**

Los amores de Delfina y Eugenio siguieron adelante entre las burlas y desdenes de las amistades de las hermanas, incluso de la misma Violeta, que no podía soportar la presencia de aquel joven tan pobremente vestido. Pero Delfina puso fin a estos desprecios escribiéndole a su padre la siguiente carta:

Queridísimo papá: Eugenio no puede venir a mis salones vestido tan pobremente. Procura comprarle algunos dibujos y pagárselos bien por mediación de otra persona, para que no crea que le protejemos.

Millones de besos de tu hija

Delfina

Cumpliendo los deseos de su hija, "Papá Go-riot" compró varios trabajos a Eugenio y éste pudo, por fin, presentarse un día, a la hora de comer, ofreciéndole a su novia un ramo de violetas y decirle a su patrona:

—Tome usted lo que le debo, adorable Ceres, diosa de la abundancia.

También Delfina había recibido un artístico ramo de flores con una cariñosa dedicatoria que decía:

La belleza de estas flores palidecen ante la tuya.

Eugenio

Victorina, aunque inocente y ajena de toda idea que significase engaño, veía con gran des-

ilusión que el amor de Eugenio no era como antes. La tristeza de su alma se reflejaba tan profundamente en su rostro, que Vautrin, compadecido de ella, le dijo:

—¡Pobre Victorina, no se entristezca más!



—Tome usted lo que le debo, adorable Ceres...

Yo haré que el corazón de Eugenio vuelva a ser de usted. Pero ¿por qué vive usted en esta humilde pensión siendo su millonario padre uno de los hombres más ricos de París?

—Porque cuando yo era niña, mi madre le abandonó y mi padre no me ha perdonado el

gran amor y preferencia que yo tenía por ella.

—Pero eso no puede ser. Venga usted conmigo, yo la acompañaré a casa de su padre y él la recogerá como debe.

—Es inútil, señor Vautrin. Mi padre detesta de mí y sólo quiere vivir con mi hermano.



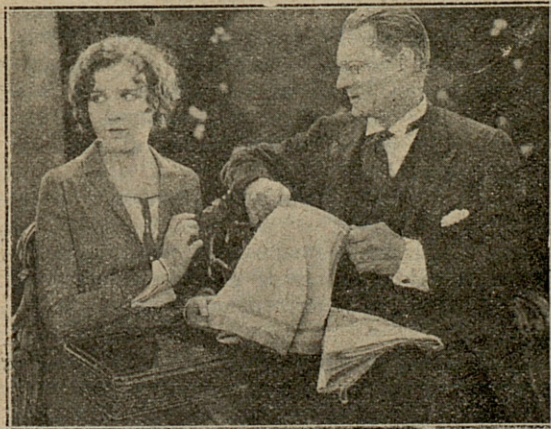
—¡Pobre Victorina, no se entristezca más!

—Razón de más para que lo intentemos —
repuso Vautrin.

Y convencida por las palabras de su protector, Victorina se dejó conducir a presencia de su padre, mientras "El duende de París" es-

peraba en la puerta el resultado de esta nueva entrevista.

Para la frialdad con que el rico hombre recibió a su hija, fueron inútiles todas las lágrimas y súplicas de la infeliz. Sin duda alguna.



—Es inútil, señor Vautrin; mi padre detesta de mí...

alguien alimentaba aquel odio y éste, en vez de extinguirse, aumentaba al solo recuerdo de la mujer muerta, fiel retrato de Victorina.

Pero mientras la infeliz muchacha suplicaba en vano arrodillada ante su padre, en la puerta de la casa sucedía un suceso extraordinario.

Un elegante joven fué a entrar y el señor Vautrin se lo impidió, colocándose entre él y la puerta.

—¿Quién es usted? — preguntó extrañado el joven.

—Yo soy el ángel vengador, o el demonio, si usted prefiere.

—No entiendo lo que quiere usted decirme.

—Cuando yo se lo explique lo entenderá perfectamente. Usted es un infame, un mal hermano que por codicia de quedarse los millones de su padre ha alimentado el odio absurdo hacia Victorina.

—Ni yo tengo hermana, ni conozco a esa mujer para nada.

—Son ustedes hermanos, no puede negarlo. Ha mantenido usted en la pobreza a su hermana, mientras usted derrocha el dinero a manos llenas.

—Es mío y a nadie he de darle cuenta... y menos a usted.

—Está bien. ¡Nos volveremos a ver esta noche!

Y le dejó el paso libre, suponiendo que si algo había conseguido Victorina, lo perdería tan pronto como entrara su hermano.

*
**

Fiel a su amenaza "El duende de París", misterioso desfacedor de entuertos, provocó en duelo, aquella misma noche, en un elegante restaurante, al hermano de Victorina.

Sin que se produjera la menor alarma y como si se tratara de la cosa más sencilla del mundo, "El duende", hábilmente disfrazado, le propuso a su rival:

—Nos batiremos en los jardines de su opulento padre, donde la policía no podrá estorbarnos.

El buscar los padrinos y trasladarse al lugar propuesto por "El duende" fué cuestión de minutos, y poco después los dos rivales se hallaban dispuestos a batirse.

El hermano de Victorina era un hábil espadachín, pero su habilidad quedaba muy por debajo a la maestría y destreza de "El duende", que jugaba con su rival lo mismo que un gato con un carrete.

Cuando la lucha estaba en todo su apogeo, sonó una puerta y apareció el padre de Victorina. Al verlo, "El duende" se tiró a fondo y atravesó el pecho de su rival, que rodó sin vida a sus pies.

Mientras los padrinos y los médicos recogían al herido, "El duende" se acercó al padre y le amenazó diciéndole:

—Usted no será nunca feliz si no recoge a su hija.

—¡Detenedle! — gritó aquél.

Pero "El duende", de un solo empujón se libró de los criados que pretendían cogerle y ganó inmediatamente la calle.

Mientras tanto Victorina, ajena a todo cuanto ocurría en casa de su padre, escuchaba a

"Papá Goriot", que le iba mostrando todos los recuerdos que conservaba de la infancia de sus hijas, diciéndole, a la vez que le enseñaba unas cartas:

—Mis hijas me escribieron esto cuando eran pequeñas. ¡Cuánto me querían entonces!

Y por la imaginación del cariñoso padre pasó como una dulce visión: la de sus hijas cuando eran niñas.

En aquel momento entró Eugenio, y "Papá Goriot", suponiendo que venía de casa de su hija, le preguntó:

—¿Mi Delfina le envía a usted con alguna palabra amorosa para su viejo padre?

No pudo disimular Eugenio el disgusto que le producía el que Victorina se enterase de donde venía, pero no tuvo más remedio que contestarle.

—Ella le quiere a usted mucho, "Papá Goriot", y me encarga le lleve a su te de mañana.

Al día siguiente, Delfina reunía en sus salones a lo más selecto de sus amistades y Eugenio, elegantemente transformado, hablaba con ella, mientras que "Papá Goriot" decía a dos jóvenes que le iban obsequiando con pasteles:

—Mi hija usa la mejor harina para los dulces y sabe calcular el azúcar... Recuerda bien cuando estábamos en el negocio, aunque era pequeña.

Iba a continuar hablando de los primeros tiempos de su vida, pero la mirada severa que le dirigió su hija le hizo enmudecer y temblar,

hasta el punto de echarse encima el te que le acababan de servir.

Eugenio, ciego por la pasión que le había inspirado Delfina, no veía sus muchos defectos ni adivinaba toda la perfidia que encerraba en su corazón, indiferente a todo sentimiento que no fuera lujo y frivolidad.

Creyéndola solamente como ante sus ojos aparecía, le dijo aquella misma tarde:

—Si amas a tu padre, debes sacarle de la casa de huéspedes y traértelo aquí contigo.

—Nunca he pensado en ello, pero si tú lo quieres, lo haré.

En efecto, aquella noche, "Papá Goriot" le decía a su patrona:

—Mi hija Delfina tiene la ocurrencia de que me vaya a vivir con ella. No sé si podré acostumbrarme. Pero he de darle gusto.

Victorina se marchaba también de la pensión.

—He recibido un aviso de mi padre, la primera carta que recibo de su letra, diciendo: "Hija mía, ven en seguida. Te necesito" —dijo a "Mamá Vauquer", muy contenta.

Y la buena mujer, ante los despidos, prorrumpió en sollozos, diciendo:

—¡Qué va a ser de mí! ¡Todos mis huéspedes se marchan!...

*
**

Victorina no cabía en sí de gozo. La idea de ir a vivir con su padre y de haber recobrado su cariño la volvía loca de alegría. Tan sólo una

sombra empañaba su dicha: la de separarse de Eugenio, por cuyo amor habría renunciado, sin vacilar, a todas las riquezas y comodidades que le ofrecía la nueva vida que iba a emprender.

El momento de la partida fué doloroso para la pobre joven. Sentía alejarse de aquella casa donde, a pesar de su pobreza, había vivido tan feliz con el amor de Eugenio, a quien le dijo al despedirse:

—Eugenio, espero que mi cambio de posición no modificará tus sentimientos. La riqueza de mi padre no impedirá que yo te ame lo mismo.

—No temas, Victorina; tuyo ha sido siempre mi corazón y lo será, mientras viva.

Eugenio en aquel momento era sincero, su amor "verdad" era Victorina y no le mentía al jurárselo. No se acordaba en aquel instante que existiera en el mundo otra mujer que ella, pero la presencia de Delfina le hizo volver a la realidad, y, muy a pesar suyo, tuvo que presentar a las dos mujeres.

Delfina había visto a los dos jóvenes y para ella, maestra en el arte de fingir cariño, no podía ocultársele que entre ellos existía algo más que una simple amistad; y ante el temor de perder el amor de Eugenio, le envolvió en una de sus fascinadoras miradas y le preguntó:

—Eugenio, ¿verdad que yo soy tu único amor?

Ante ella el joven artista se sentía impotente. Aquella mujer ejercía sobre él un dominio del que no podía libertarse. Se sentía aprisio-

nado por sus encantos, tan fuertemente ligado a ella, que ni siquiera oponía resistencia, y otra vez se dejó adormecer por la dulce melodía de su voz de sirena.

La decisión de Delfina de llevar a su padre



—La riqueza de mi padre no impedirá que yo te ame lo mismo...

consigo excitó los odios de Violeta, que se presentó en casa de "Mamá Vauquer", para buscar a su hermana y decirle:

—Me he enterado de que quieres llevarte a papá.

—A eso he venido — contestó Delfina.

—No me querrás hacer creer que recojes a papá por cariño, sino porque te deje al morir lo que le queda...

—No discutamos— la atajó su hermana—. El caso es que yo tengo el valor de tenerle conmigo y tú no.

—¡Pero, hijas mías, por Dios! ¿A qué reñir sin motivo? — exclamó el padre.

La intervención de "Papá Goriot" exasperó a Delfina, que, sin detenerse a contestar, salió de la habitación, dejando solos a su padre y a Violeta.

—No te disgustes, papá — dijo ésta—. Yo te mandaré el *auto* esta noche para que vengas a casa. Ya verás como estás mejor conmigo.

La curiosidad de la vieja "doña Brígida" no había podido satisfacerse y continuaba todavía sin conocer el misterio de la vida del señor Vautrin y, decidida a enterarse, llamó a dos policías y los introdujo en su habitación, para que por un agujero, que había hecho en la habitación, pudieran ver al misterioso personaje.

—Como no sea ese hombre misterioso que llaman "El duende de París" — dijo uno de los agentes.

—Ese debe ser — contestó el otro—. Hace poco mató en duelo al hijo de un millonario que tenía una hermana abandonada en esta casa. Es un hombre muy peligroso y difícil de capturar. Ahora se hace llamar Vautrin. Para asegurarle bien póngale usted, señorita, este

narcótico en el café y háganos una seña, que nosotros vigilemos al pie de esta ventana.

Llegó la noche, y la vieja solterona vertió disimuladamente en la taza de Vautrin algunas gotas del narcótico que le habían facilitado los policías y que momentos después dejaba al famoso "Duende de París" en manos de sus perseguidores.

Mientras tanto el buen "Papá Goriot" esperaba confiado que su hija Violeta viniera a recogerle, a pesar de que la señora Vauquer le decía:

—¡Pobre "Papá Goriot"! ¡Sus hijas no vendrán a buscarle ahora!

Sonó la bocina de un *auto* y el bondadoso anciano, con el corazón palpitante de alegría exclamó:

—¿Lo ve usted, "Mamá Vauquer", como ha venido?

Pero al ir a entrar en el coche lo detuvo el *chauffeur*, diciéndole:

—La señora me ha dicho solamente que le entregue esta carta.

Abrió el buen viejo la carta, y toda su ilusión vino por tierra al leer su contenido.

La carta que Violeta enviaba a su padre decía:

Queridísimo papá: No puedes venir a casa hasta más adelante. Ahora estoy en un apuro muy grande. No podré ir al gran baile de Artistas si no pago por adelantado mi disfraz. Ne-

cesito 2,000 francos. Si quieres a tu hijita sácala de esta triste situación.

Mil besos de tu pequeña
Violeta.

Y una vez más el cariñoso padre pagó la ingratitud de sus hijas satisfaciendo todos sus deseos.

La policía esperaba el momento de la señal, y en cuanto la vieron hacer, los dos agentes se precipitaron dentro de la casa. Pero Vautrin había ya despertado y, después de cerrar la puerta de su habitación, entró en la de "Papá Goriot", a quien le hizo entregarle sus ropas; y disfrazado de esta forma, entró de nuevo en la suya, donde ya había penetrado un policía. Sin darle tiempo a defenderse, Vautrin lo levantó en alto y lo arrojó por una ventana. Inmediatamente después abrió la puerta y encañonando con su revólver al otro policía y a los vecinos que habían acudido a los golpes de los agentes para derribar la puerta, los tuvo a raya, mientras salía y decía, irónicamente:

—¡Idiotas! Vosotros no cogeréis nunca al "Duende de París".

La alarma había sido tan grande, que Eugenio había acudido también al lugar donde se desarrollaba la escena anterior; y al notar la falta de "Papá Goriot", corrió a su cuarto para ver si le había ocurrido algo.

Lo encontró, por fin, dentro de un armario, y le preguntó:

—¿Qué hace usted ahí? ¿Quien le ha encerrado?

—He tenido un susto mortal — contestó el anciano casi sin poder hablar —. Ha entrado un hombre que parecía Vautrin y ha salido vestido con mi ropa.

Luego, creyendo que Eugenio vendría de casa de Delfina con alguna nueva petición, continuó diciendo y exaltándose a medida que hablaba:

—Joven, si viene usted de parte de mis hijas, dígales que prefiero morir solo, que ya no tengo nada que darles... como no sea que me arranquen el corazón y se lo dé también a pedazos.

La excitación de "Papá Goriot" llegó a tal extremo que hubo necesidad de meterlo en la cama y avisar a sus hijas de la gravedad de su padre, cuyo fin se acercaba por momentos.

"Mamá Vauquer" fué la encargada de llamarlas por teléfono y decirle a la doncella que se puso en el aparato:

—Diga usted a esa mala hija que su padre está muy enfermo.

—Esta noche es el gran baile de los Artistas y no me atrevo a molestarla, porque la conozco bien — contestó la doncella.

Y mientras tanto, el pobre anciano llamaba a sus hijas y decía:

—¡Dios mío, no quiero morir todavía! Mo-

rir es, para un padre, perder el tesoro de sus hijos.

Y en medio de su delirio creía ver a sus hijas y hacía esfuerzos por levantarse para abrazarlas, diciendo:

—¿Estáis ahí? ¡Delfina!... ¡Violeta!...

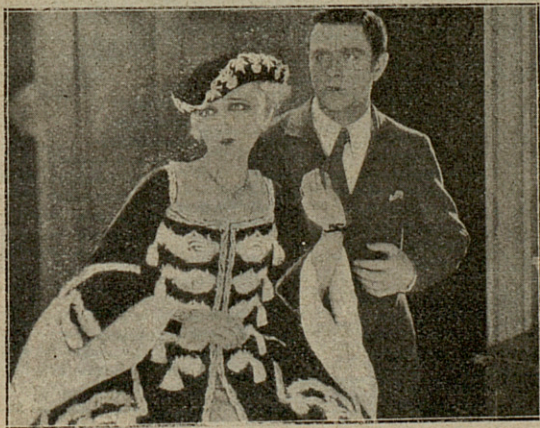
El aspecto que ofrecía el gran baile de los Artistas era mejor aún de lo que puede concebir la fantasía humana. Los raudales de luz que se desprendían de las lámparas hallábanse enriquecidos por el brillo de las miradas femeninas que lucían a miles, por los resplandores de los ricos y variados disfraces y de las joyas. Parecía, en fin, por doquier de la inmensa y reluciente sala, que las infinitas estrellas que vemos resplandecer y titilar en el cielo habían trocado de morada y vertían en el salón el manantial inagotable de su lumbré.

En medio de aquella desordenada algarabía, entre el ruido de las alegres carcajadas y los taponazos del champaña, Delfina y Violeta triunfaban con su hermosura, mientras su pobre padre, aquel anciano que sin duda hubiera dado su vida por evitarles un disgusto, se moría llamándolas desesperadamente.

—Envíe usted a buscar a mis hijas por la policía — decía "Papá Goriot" en un momento de lucidez—. La justicia debía auxiliar a los padres contra los malos hijos que no quieren ver morir a su padre.

Momentos antes, y sin ser visto por nadie, había entrado un hombre desconocido, que le dijo a Eugenio:

—Yo tengo un auto preparado. "El duende"



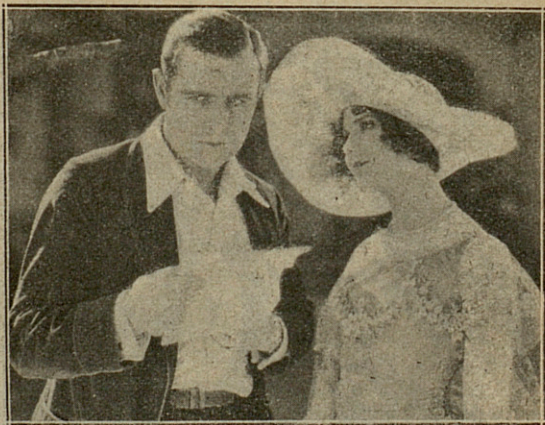
Y a viva fuerza la condujo a la casa de Madame Vauquer, donde moría el pobre "Papá Goriot".

está siempre en su puesto. Vaya usted a buscar a esas mujeres sin corazón.

Salió Eugenio y momentos después entró en el baile de los Artistas, donde acababa de ser proclamada "Reina del Baile" Delfina.

A la primera que vió fué a Violeta, que al enterarse de la noticia, exclamó riendo:

—¡Bah! ¡No hay que creerle! ¡Mi padre hace veinte años que se está muriendo!



...venía en busca de su única felicidad, el amor de Eugenio.

Entonces vió a Delfina y, arrastrándola fuera del loco torbellino del baile, le dijo:

—¡Debes ir a ver morir a tu padre!

Y a viva fuerza la condujo a la casa de Madame Vauquer, donde moría el pobre "Papá Goriot", que aun tuvo fuerzas para decir, antes de entregar su alma a Dios:

—Delfina, mi querida niña... yo te perdono.

Aun le quedaba al "Duende de París" otra misión que cumplir y, mientras los huéspedes de "Madame Vauquer" se ocupaban del difunto "Papá Goriot", él le entregó a su cohero una carta, que decía:

Señorita Victorina de Tafeller

Temple, 36 · París

Victorina querida: Yo te amo más que nunca, pero me avergüenzo de pedir tu mano. Prefiero esperar para hacerme digno de ti.

Eugenio

Al día siguiente cuando, como una angustiada pesadilla, había pasado la tragedia de la noche anterior, se presentó una antigua huésped de "Madame Vauquer". Era Victorina que, sin preocuparse de las diferencias sociales, venía en busca de su única felicidad, el amor de Eugenio, que arrepentido de su anterior conducta, comprendió que la única verdad de la vida era un amor puro y sencillo, como el que le ofrecía su amada.

FIN

Con esta novela envía usted la postal-obsequio de
RICARDO CORTEZ

PRÓXIMO NÚMERO:

La sugestiva novela

DE TELÓN ADENTRO

por **Tom Moore, Bessie Love, Harrison Ford,**
etc.

Postal-obsequio: **SALLY O'NEIL**

32 páginas Numerosas fotografías 30 céntimos

Le recomendamos:

¿DEBEN TENER HIJOS LOS POBRES?

publicada en Los Grandes Films de La Novela
Semanal Cinematográfica.

... ¡Y SUPO SER MADRE!

que se pondrá a la venta mañana, número
extraordinario de La Novela Semanal Cine-
matográfica.

La Viuda Alegre y El Gran Desfile

de La Novela Semanal Cinematográfica. Ediciones
Especiales (que se agotan completamente)
y la sorpresa del año

Número Almanaque de La Novela Semanal
Cinematográfica

que aparecerá ¡MUY EN BREVE!

Argumentos que se publican: Los Miserables. Con
gracias a porfía, El Pirata Negro. El Aguila Negra.
La Niña de La Florida...32 páginas de artistas, a colores.

EN BREVE

se pondrá a la venta
el espléndido

NÚMERO ALMANAQUE

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

con el que se regala un lujoso

ALBUM

para coleccionar las
postales del año 1926

Numerosos argumentos : Información cinematográfica

32 páginas de retratos de Ases de la pantalla

¡LO MAS GRANDIOSO!

J. Horta, impresor. - Barcelona